

# El amor en tiempos de los dinosaurios

John Kessel

Traducción de  
Pedro Jorge Romero



Título original: *Corrupting Dr Nice*  
© 1997, by John Kessel

Primera edición: enero de 2007

© de la traducción: Pedro Jorge Romero  
© de esta edición: Libros del Atril S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona

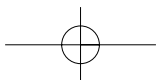
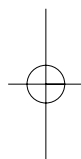
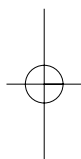
Impreso por Puresa, S.A.  
Girona, 206  
Sabadell (Barcelona)

ISBN 13: 978-84-96575-33-2  
ISBN 10: 84-96575-33-0  
Depósito Legal: B. 59.861-2006

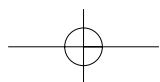
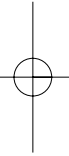
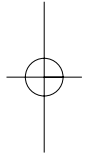
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

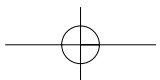
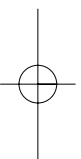
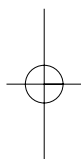
*Dedicado, con afecto y gratitud, a*  
*Frank Capra*  
*George Cukor*  
*Howard Hawks*  
*Gregory La Cava*  
*Ernst Lubitsch*  
*Leo McCarey*  
*George Stevens*  
*Billy Wilder*

*Y especialmente, en admiración por su genio, a*  
*Preston Sturges*



PRIMERA PARTE  
Jerusalén, 40 era común





## Capítulo 1

### ¡Qué bello es vivir!

*M*ientras Sloane deshacía el corpiño del vestido de campesina de Genevieve, ésta sólo podía oír la respiración del hombre, rápida y superficial. Demostraba lo fina que era la capa de caballerosidad que cubría su lujuria y apenas pudo evitar salir corriendo de la habitación.

—Lo siento —dijo Sloane—. No estoy acostumbrado a estos cierres antiguos.

Genevieve le apartó las manos y lo deshizo ella misma, lentamente, convirtiéndolo en una representación. Sloane se arrancó su propia ropa, saltando sobre un solo pie mientras se tiraba de los calzones. A través de la diminuta ventana de celosía, que daba al patio, llegaba el olor a verduras podridas y las voces del conserje y su esposa discutiendo en francés del siglo XVIII. Antes de que Genevieve pudiese soltarse las mangas del vestido, Sloane se le echó encima y cayeron juntos sobre la cama. Élapestaba a colonia y jabón antibacteriano. Gen se obligó a lanzar una risita y se preguntó cuánto tiempo más tendría que aguantar.

Por fin la puerta se abrió de golpe y entró August, vistiendo una levita color azul oscuro sobre calzones hasta las rodillas, zapatos negros de grandes hebillas y un sombrero mal colocado con la escarapela tricolor. Mostró la insignia de seguridad de la Corporación Saltimbanqui.

—Sloane —dijo—, está arrestado.

Sloane dio un salto. Gen actuó como si en toda su vida hubiese visto una aparición igual.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó ella a August. Dejó que un estremecimiento se le manifestase en la voz.

JOHN KESSEL

—No se preocupe por mí, señora —dijo August. Se aproximó a la cama como si fuese a tranquilizarla y ella se llevó las ropas revueltas al pecho. Sloane se encontraba acobardado bajo el cubrecama.

Cuando August llegó hasta la cama, con un único movimiento rápido sacó un aturdidor del bolsillo, lo sostuvo junto a la cabeza de Genevieve y lo descargó. El aturdidor no tenía energía, pero Genevieve se dejó caer sobre la colcha como si la hubiesen dejado dormida. Escuchó.

—Vale, Sloane. Es hora de irse.

Genevieve sintió que Sloane se agitaba a su lado.

—¿Está muerta? —preguntó, aterrorizado.

—Inconsciente. Estará así durante más o menos media hora. Tiempo de sobra para enchironarte.

—Yo no lo planeé. Simplemente sucedió. Vino a mí en el restaurante...

—No me importa si te apresó por los tobillos. Éste no es un universo indemne. Planeamos quedarnos por aquí durante un tiempo.

—¿Qué importancia tiene?

—Tenemos que tratar con esta gente. La idea de la libertad que tenía el Comité de Seguridad Pública no era que viniésemos aquí a acostarnos con sus mujeres. Conoces las reglas.

En la voz de Sloane apareció un tono calculador.

—Dame un respiro. Han visto muchos cambios. ¿Cuánto me costaría que se olvidase?

August le hizo esperar. Genevieve deseaba poder abrir los ojos. Su padre era bueno.

—No puede ser, amigo. Siguen mis movimientos todavía más de cerca que los tuyos. Si me encuentro aquí previniendo interferencias, mis jefes van a querer saber qué pasó con el interferente. Por no hablar de cerrar la boca de la chica.

—¿Esta fulana? No es nada. Si hoy desapareciese no le importaría a nadie.

Gen esperaba que August le hiciese pagar extra por haber dicho eso. Olvida la pasta... esperaba que le arrancase los pulmones a Sloane y se lo cargase. En su lugar, August dijo:

—¿Cuánto efectivo llevas encima?

—Unos setecientos francos...

## EL AMOR EN TIEMPOS DE LOS DINOSAURIOS

—No la moneda local, idiota. Eurodólares. —Genevieve había informado a August que Sloane continuamente llevaba encima acceso a más de cien mil en dinero electrónico. Había ocupado el Hyatt de la década de 1790 como si fuese a comprarlo, exhibiendo el físico rotundo y saludable que estaba tan a la moda en la década de 2060, dejando caer propinas de cien dólares y esperando encontrarse con la torre Eiffel.

—Puedo pasarte cincuenta mil ahora mismo —dijo Sloane. August bufó.

—Súbete los pantalones y vamos a procesarte.

—Ochenta.

—¿Cuándo te espera tu mujer de regreso al hotel? ¿Le constaste que ibas un momento a Notre Dame a buscar un cuarto de leche?

—Cien. ¡Ciento diez!

Otro silencio. Y finalmente August dijo:

—Vale, que así sea.

Movimiento de ropas, y un código tecleado sobre una cartera.

—Muy bien. Haz tres cosas, Sloane. Una, esperas en esta habitación mientras me deshago de la chica. Ni te muevas hasta que yo regrese. Dos, cuando vuelvas al hotel vas directo a tu habitación y sales de inmediato, volviendo tiempo arriba. Tercero, mantendrás la boca cerrada, y no volverás a intentar hacer algo así nunca más.

August estaba genial cuando interpretaba a un policía. Justo la combinación precisa de arrogancia y corrupción.

—Créeme, así lo haré —dijo Sloane—. No lamentarás haberme dado una oportunidad.

—No lo lamentaré porque no voy a volver a verte nunca más. ¿Verdad?

—Verdad, verdad.

Genevieve sintió que August se inclinaba sobre la cama y la recogía. Bufó. Estaba un poco viejo para ir cargando con ella. La sacó por la puerta y la cerró de una patada. Gen abrió los ojos e hizo el gesto de un beso. Él frunció el ceño. En lo alto de la escalera se rindió y la sentó, sin aliento:

—Ya no eres una niña pequeña —dijo.

Se escabulleron por las escaleras traseras, evitando al con-

JOHN KESSEL

serje, y salieron del hotel des Balcons. La calle del París de 1793 olía a pis, mierda de caballo y pan recién horneado en la *pâtisserie* de la esquina. En el exterior de la tienda, un par de húsares suizos ataviados con relucientes uniformes azules gandleaban hablando con una chica que llevaba una cofia. Un mendigo con una tricolor en el sombrero sucio y una camiseta serigrafiada de Humphrey Bogart tiró de las faldas de Genevieve.

—¿Limosna, ciudadanos?

Para asombro del mendigo, August le entregó la levita y el sombrero.

—*Liberté, égalité, fraternité!* —dijo August. Gen se lo llevó calle abajo.

Todavía estaba disgustada.

—¡Tardaste mucho!

—No es cierto. Sabes tan bien como yo que todo sale mejor cuando el primo está nervioso. No le quería tranquilo. Le quería demasiado sorprendido como para pensar racionalmente.

—¿Y cuánto tiempo esperabas que le mantuviese lejos de mí?

Él le acarició el brazo.

—No finjas que no sabes cuidar de ti misma.

Ella suponía que era cierto, pero no era lo que deseaba oír.

—Estoy cansada de ser el gancho —le dijo—. La próxima vez lo haces tú.

—Si me encuentras a la incauta, seré su gancho hasta la muerte.

—Tenemos que salir de este siglo apestoso. Volvamos a la Roma antigua. Venderemos trozos de la verdadera cruz. Ofreceremos mantas militares como si fuesen la Túnica.

—Lo que tú quieras —respondió él. Se detuvo y la miró directamente. Se había permitido envejecer en los últimos años; tenía el pelo gris y la frente cubierta de arrugas—. Sabes que jamás permitiría que nadie te hiciese daño, Genevieve. El que lo intente está acabado.

Genevieve se apoyó en su brazo, inundada por una súbita tristeza. Parecía que era el día de sentir emociones.

—La historia —dijo. La historia era su negocio.

Un cartel portátil de plástico sostenido sobre ruedas de

goma e instalado delante del teatro Odeon proclamaba, *Cette Nuit, Vivant —Edith Piaf!* A los históricos les encantaba la cantante del siglo XX, y por su parte, a ella parecía gustarle más el pasado que el futuro. Mantenía un famoso idilio con Dantón, quien gracias a Saltimbanqui había logrado que esta vez no lo ejecutasen, negociando hasta convertirse en el gobernante de hecho de la ciudad. Aunque los conspiradores en los cafés aseguraban que las multinacionales le tenían en el bolsillo.

August y Gen se metieron por un callejón sin salida frente al teatro. Un gato, agachado sobre una rata destrozada, los observó con inquietud. Al fondo del callejón, August recuperó su abrigo de vestir del siglo XXI. Gen desechó el vestido de campesina y se puso el traje amarillo y la muñequera. Dejaron atrás los jardines Luxembourg en dirección a Montparnasse. Al aproximarse al muro que rodeaba el barrio de los viajeros en el tiempo, los históricos de la calle les rodearon.

—¡Tenga piedad de mi pobreza! —gritó una joven que sostenía un bebé junto al pecho.

—¡Tabletas de chocolate, bacteriófagos, televisión! —gritó un chico.

En esta ocasión August les lanzó un puñado de monedas y atravesaron la multitud de parásitos que rodeaban la puerta de seguridad de Notre Dame des Champs. Agentes de seguridad de Corporación Saltimbanqui, armados con rifles, se ocupaban del control.

—Identificación, *s'il vous plaît* —dijo el guardia.

August y Gen pasaron las muñequeras sobre el lector, que los identificó como el señor y la señora Knox Cramer de Hong Kong. El guardia los dejó pasar y recorrieron el *boulevard* hasta el Hyatt Regency, que se alzaba sobre los edificios franceses del siglo XVIII como si de un reluciente tumor de vidrio se tratase.

En el vestíbulo nadie reparó en ellos; por lo que sabían, August y Gen eran simples turistas que acababan de volver de las catacumbas. Se detuvieron en la habitación el tiempo justo para recoger las maletas ya hechas.

—¿Han tenido una estancia agradable? —le preguntó el recepcionista a August.

—Muy provechosa —respondió August pagando con el di-

JOHN KESSEL

nero de Sloane—. Aquí se pueden hacer cosas que jamás podrías encontrar en casa.

—Bien, deben visitar nuestros otros hoteles del tiempo. Acabamos de establecer un nuevo universo en el Angkor Wat del siglo XII. Deberían probarlo.

—Ciertamente lo haremos.

Después de pasar por recepción, se dirigieron al estrado del tiempo en el sótano del hotel, donde adquirieron billete, en tres saltos, para la antigua Atenas. El auxiliar se encargó de sus maletas y les dirigió hacia la sala de partida. Se sentaron y observaron la cámara del estrado a través de la mampara. El estrado Gödel del hotel era de tamaño moderado, de cinco metros de ancho, rodeado de un delimitador de campo de acero inoxidable que parecía un pasamano. En el aire en penumbras sobre el escenario colgaban las geometrías sutilmente retorcidas del emulador de singularidad y, a un lado, tras los controles, se encontraban los técnicos. Las luces de la cámara se mantenían a niveles reducidos, aunque los momentos de llegada y partida iban acompañados de estallidos de radiación que la mampara compensaba. Ayudaban a una pareja de piel oscura y a su hijo —¿amerindios, quizá?— a llegar hasta el estrado. La mujer parecía nerviosa, pero el niño parloteaba emocionado.

A esta hora no había mucho tráfico en el estrado, y Gen y August sólo esperaron veinte minutos. Aun así, Gen se puso nerviosa pensando en Sloane. El secreto de su negocio estaba en dar al pringado lo que creía desear. Le habían dado a Sloane lo que éste deseaba: escapar al escándalo. ¿Y si se enfadaba con las órdenes de August? ¿Y si tras calmarse se daba cuenta de que le habían timado? Si se había dado prisa, era posible que ya estuviese de vuelta en el hotel. No querría ir a contarle a su mujer sus devaneos, pero por otra parte, era un hombre rico, acostumbrado a salirse con la suya. Probablemente no permitiese que los inferiores sociales le ganasen en un negocio, y si alguna vez se daba cuenta de lo que le habían hecho, podría ser un hombre peligroso.

Gen todavía podía oler un poco de la colonia de Sloane sobre su piel. De haber tenido tiempo, se habría duchado. Pero no lo tenía. Era el coste de su trabajo, y mientras la mampara se oscurecía y los indios desaparecían, empezó a preguntarse si

valía la pena. Por otra parte, estaba la satisfacción de jugársela a tipos como Sloane. Se lo imaginaba sentado en cuatro juntas de dirección y en tres comités de moral pública, acompañando a sus hijas virginales a sus bailes de debutantes y cortando secamente a cualquiera que ganase menos que él. Básicamente, podías contar con que los nuevos victorianos estuviesen más que dispuestos a aprovecharse de una situación, lo que a su vez hacía muy fácil aprovecharse de ellos.

El auxiliar terminó de cerrar el equipaje y los escoltó a la cámara, atravesando la barrera al estrado. Se situaron en el centro de la diana color pastel.

—Que tengan un vuelo seguro y agradable —dijo el auxiliar.

August le pasó una moneda de cincuenta dólares y el hombre se retiró tras la barrera.

Frente al panel de control, el técnico de cabeza afeitada jugueteó con el teclado, luego les miró, sonrió y alzó la mano para despedirse. Antes de que pudiese completar el gesto, él, el panel y las paredes de la sala se alejaron en todas direcciones con asombrosa velocidad. Gen y August cayeron a un espacio oscuro. Luego las paredes de una cámara similar se acercaron raudas para rodearlos y acabaron en un estrado a ochocientos años en el pasado.

En la pared que tenían delante, tras el delimitador, se leía «1000 e. c.» en forma de elaborado mosaico bizantino. El técnico frente al panel, una mujer, tenía el pelo rubio y los ojos azules. Sin parar, realizaron el segundo salto, a la Jerusalén del siglo primero.

Hora de despistar a los posibles perseguidores. Antes de que el técnico pudiese completar el tercer salto a la Atenas del 400 a. C., August alzó la voz.

—Disculpe —dijo llevándose una mano a la cabeza—, pero me siento algo indispuesto... la última transición fue difícil. ¿Podemos parar aquí durante un rato?

—Claro, señor —dijo la voz del técnico. Un auxiliar llegó desde el otro lado de la barandilla para ayudarles a salir del estrado. Le dedicó una buena mirada a Genevieve y ella le sonrió.

—¿Hay habitaciones libres en el hotel? —preguntó August. El técnico de control les vigilaba.

JOHN KESSEL

—Sí, señor.

—¿Qué te parece si paramos aquí durante un tiempo, hija? Atenas seguirá en su sitio cuando deseemos ir, ¿no es así, joven?

—Claro. Siempre lo ha estado, siempre lo estará. —Mientras el auxiliar se disponía a guiarles hasta el vestíbulo uno de los hombres del panel de control frunció el ceño.

—Jim, dale un vistazo a esto. —Se inclinaron sobre los controles.

La sala se oscurecía. A su espaldada, el estrado Gödel zumbaba. Genevieve se volvió y vio cómo, dentro del espacio del delimitador, a partir de una masa de oscuridad, un hombre se expandía. Pero en lugar de llegar estacionario, cuando alcanzó su tamaño se lanzó hacia delante saliendo del estrado, intentando frenéticamente mantener el equilibrio. Agitando los brazos como si fuese un molino de viento cayó hacia ella, con el rostro convertido en una máscara de consternación. Una maleta de metal que portaba salió disparada como si la hubiesen arrojado desde un tren en marcha. La maleta rebotó y se deslizó sobre el piso. Genevieve se apartó con agilidad y el hombre cayó por encima de la barandilla, ejecutó una maniobra perfecta de meter la cabeza entre las piernas, agarrarse las rodillas y rodar, y acabó apoyado sobre las manos, con los dedos tocando el suelo y la nariz a pocos centímetros de las piernas de Gen.

Esbelto, de unos treinta años, vestía un mono y unas espantosas botas moradas. El pelo castaño claro era demasiado largo. Una etiqueta pegada a la maleta repetía una y otra vez, en rojo: ¡PELIGRO! CONTENIDO: ANIMAL VIVO.

Uno de los técnicos de tránsito corrió a ayudar.

—Algo va mal con el compensador de impulso —dijo su compañero tras el control.

—¡Me hiciste soltar el contenedor! —jadeó el viajero—. ¡Wilma!

Genevieve puso derecho el contenedor. El animal de su interior golpeó sus laterales.

—Me llamo Genevieve.

El hombre la miró consternado.

—Discúlpeme. —Tras un momento murmuró—: Harás el favor de callarte. No soy idiota.

EL AMOR EN TIEMPOS DE LOS DINOSAURIOS

Gen no podía decidir si le resultaba feo o mono, con cierto estilo desgarrado. Le ayudó a ponerse en pie.

—No lo dudo —dijo ella—. Pero tenemos que dejar de ver-  
nos de esta forma.

## Capítulo 2

### La fiera de mi niña

*P*or las tardes, Owen salía a caminar por las planicies, cargando con el saco de comida para gatos hasta la orilla enlodada del lago donde los jóvenes saurópodos tenían el nido. Con cuidado de no molestar a los adolescentes dormitando, se arrodillaba junto al nido y les ofrecía un puñado de comida para gatos. Las crías, de no más de medio metro de largo, de grandes y vigilantes ojos, retiraban la comida de su palma empleando sus morros flexibles. Estaban cubiertos de un plumón corto, como plumas inmaduras, que perderían al hacerse mayores. Uno de ellos, al que llamaba Betty, sostenía los trozos entre los dientes, para luego lanzarlos a los molares posteriores con un golpe de cabeza antes de triturarlos. Owen suponía que el morro corto de Betty era una adaptación evolutiva que se suponía que debía darle un aspecto lo suficientemente atractivo para que los apatosaurios adultos la protegiesen. Aunque algunos de sus colegas discutían el impacto psicológico de la neotenia.

Los jóvenes se habían acostumbrado al aperitivo. Encantadores y torpes, asombrosamente inteligentes, algún día sus descendientes podrían haber controlado el planeta, de no ser por el desafortunado detalle de que pronto se extinguirían.

El día en que debía regresar, Owen esperó allí después de la hora de la comida mientras el sol se ocultaba tras los árboles y las sombras crecían sobre la superficie espejada de agua, trepando por los pándanos y palmeras hasta que los contornos de los árboles destacaban como recortes negros de papel contra el cielo naranja. A Owen le seguía asombrando lo mucho que los cornejos, palmeras y magnolias se parecían a las de setenta mi-

llones de años en el futuro. El Cretácico superior no era más cálido que Virginia o, excepto durante la estación de lluvias, más húmedo. No era la jungla tropical que había imaginado de niño. Vio a un pterosaurio a lo lejos, al otro lado del lago, dando vueltas en el viento, a esta distancia con un tamaño no mayor que el de un halcón. Buscaba un refugio para pasar la noche. Owen le dio la vuelta al saco, echó los últimos trozos de comida sobre la tierra blanda y marrón.

—Se ha acabado —dijo.

Los jóvenes más grandes echaron los morros en dirección a la comida, agitando las cabezas como si fuesen pollos. Uno a uno se volvieron y salieron trotando hacia la orilla del lago. Betty se ocupó de los últimos pedacitos y luego le miró. Era mucho mayor que la cría de tres kilos que había sido un par de meses antes. Ahora debía tener dos tercios de metro de alto, y se alzó para agarrarle delicadamente la muñeca con la boca abierta.

—No hay más —dijo. Se sentía deprimido. Betty le soltó, gorjeó, se volvió y se perdió en la oscuridad.

Unos minutos más tarde, Bill empezó a incordiarle.

=Son las diecinueve y veinte =le susurró la voz en el oído=. Hora de irse.

—No me atosigues —subvocalizó Owen.

=Pasas demasiado tiempo aquí solo en compañía de esas cosas =insistió la voz de su cabeza=. Uno de estos días una de tus mascotas te va a comer.

—Tú las dejarás inconscientes con unos golpes de kárate antes de que puedan darme un mordisco —murmuró Owen en voz alta—. Además, los saurópodos no comen carne.

=Los que se los comen a ellos sí. Un joven como tú debería estar persiguiendo otras presas.

Owen se puso en pie y se colgó el rifle al hombro. Sus botas de estado de ánimo, ahora mismo de un verde guisante, habían pillado una capa de lodo.

—Vale. —Fue pisando fuerte de regreso a las luces de la estación de investigación situada en la colina.

=¿Has empaquetado bien a tu iguana? =preguntó Bill.

—Es tan iguana como tú.

=Apuesto a que sabe a iguana.

JOHN KESSEL

—Bien, nunca lo sabremos, ¿no es así?

El viento agitó una arboleda de palmeras cerca del cauce a cien metros a su derecha, y a pesar de sus bravuconadas, Owen esperaba que no hubiese un par de raptos observándole desde ese escondrijo. Se bajó el rifle y soltó el seguro.

Pero los depredadores rara vez se acercaban tanto a los cañones de luz de la estación. Llegó a lo alto de una pequeña elevación y siguió las huellas de los todoterrenos hasta la puerta del complejo.

La estación Vannice estaba compuesta de cinco edificios prefabricados, el más grande conteniendo los laboratorios y el estrado de viaje en el tiempo, situado sobre un collado aplanado. Era el terreno más alto alrededor del mosaico de lagos, ríos y las vastas llanuras que algún día se convertirían en la árida gran cuenca de Nevada, Arizona y el oeste de Utah, pero que ahora era una llanura parecida al Serengueti. Un gran número de helechos, coníferas y cicadáceas se apiñaban alrededor de los cauces, y manadas de saurópodos seguían las lluvias para arrancar las nuevas plántulas. Sólo durante la época de procreación se detenían el tiempo suficiente para producir una bandada de crías.

Owen atravesó la verja electrificada que rodeaba la estación. Los dos todoterrenos estaban en el garaje. Las luces del matadero estaban encendidas y Owen se desvió hacia la puerta de metal corrugado que estaba abierta.

El suelo de cemento estaba manchado con el barro y la sangre reseca del cadáver del *Bactrosaurus* adolescente que Fiona O'Connor había arrastrado al interior con la *bobcat*. Fiona tenía puesto un casco de virtualidad y dirigía a un par de topos robot que había insertado en el cadáver para orbitar alrededor de los órganos internos del animal realizando escáneres TAC. El lugar olía a dinosaurio en descomposición, pero cuando se tratada de dedicación al trabajo, Fiona tenía el estómago forrado de acero.

Saltó medio metro cuando Owen la tocó en el hombro. Levantó el visor del casco y se quitó los guantes.

—¡Owen! ¿Qué quieres?

—Me voy ya. ¿Lo has olvidado?

Fiona era una mujer delgada, de pelo liso, oscuro y corta-

do muy corto. Le dio la espalda y cogió una sierra eléctrica. La conectó y atacó la parte posterior del muslo del dinosaurio muerto.

—¿Has visto estos ligamentos dorsales? —dijo por encima del gemido de la sierra.

Owen le puso la mano en el brazo.

—¿No tienes nada que decir?

Fiona apagó la sierra. Se miró los zapatos.

—Owen, fue divertido. Pero ante todo soy científico.

—¿Y yo no?

—No he dicho eso. Aquí has realizado un trabajo excelente. Sin tu apoyo...

—Sin el dinero de mi padre.

—Eso tampoco lo he dicho.

—No hacía falta.

—Me caes bien, Owen. *Eres* un científico. Me apetece ver los resultados de tu experimento. Cuando regrese a Boston me aseguraré de visitarte.

Owen debería haber sabido que no valía la pena intentar decir adiós; en más de una ocasión, Fiona había dejado claro que su partida le resultaba indiferente.

—Claro —dijo él—. Bien... entonces, adiós.

Ella le dio un beso en la mejilla y volvió a arrancar la sierra.

—Adiós. Que tengas un buen viaje de regreso. No olvides la ducha.

Owen huyó del edificio.

El resto del lugar estaba bastante tranquilo; la mayor parte del personal debía de estar comprobando la calidad de sus estómagos acerados durante la cena, cena que Owen se había saltado para preparar a Wilma para el viaje. Y también evitar una embarazosa escena de despedida en la que sus colegas le adularían y Dunkenfield le presionaría para que transmitiese peticiones a su padre.

En su cuarto, Owen se sentó frente a la mesa para rascarse el lodo de las suelas. Al girar la bota derecha se encontró una reluciente mariposa aplastada contra el talón. De un verde y dorado brillante bajo la luz de la lámpara de mesa, pertenecía a una especie que no había visto antes. También estaba más que muerta.

JOHN KESSEL

=Otra especie que se va al garete.

—Probablemente haya miles como ésta en un radio de un kilómetro.

=Si saben lo que les conviene, se mantendrán alejadas de esos pies asesinos tuyos. Tienes suerte de que un brontosaurio no te haya devuelto el favor.

Owen retiró el insecto de la bota.

Estaba recogiendo la maleta y el libro de notas cuando Bill le susurró a la mente:

=¡Confío en las mujeres obsesivas y artísticamente liberadas y desnudas que gritan!

Quizá por milésima vez Owen maldijo a su padre por implantarle el IAuda. La inteligencia artificial interna había resultado útil cientos de veces desde que se la habían puesto cuando era niño, pero hacía tiempo que Owen había comprendido que no era más que otro intento por parte de sus padres de proteger su inversión. No estaría bien que el único heredero de la quinta fortuna más grande de Norteamérica se enfrentase al mundo sin alguna ventaja... y una conciencia programada por los padres. Bill había sido modelado según el guardaespaldas que Owen había tenido hasta los siete años: William Oakley, jefe de seguridad en Thornberry, la hacienda Vannice. Oakley era un antiguo espía especialista en artes marciales con un pasado misterioso. Bill incluso poseía la voz de Oakley. Lo peor de todo, durante una crisis percibida, con el propósito de protegerle, Bill tenía el poder de deshabilitar la respuesta muscular voluntaria de Owen y tomar el control de su cuerpo.

Que su padre escogiese a un espía había sido una mala idea. El proteccionismo de Bill se estaba desmadrando y sus guasas gruesas empezaban a acercarse al insulto. Recientemente, a Bill le había dado por generar frases sin sentido que proyectaba en momentos arbitrarios al oído de Owen. En general parecían referirse a mujeres desnudas, sexo y Dios. Owen no entendía qué tenían que ver con él. Y aumentando la creciente paranoia de Bill, Owen estaba decidido a llevarlo al taller en cuanto regresase al siglo XXI.

En el laboratorio de animales vivos, Owen tomó la caja ligera y opaca que contenía a Wilma, otro *Apatosaurus megacephalos* bebé, y se dirigió al edificio de tránsito. Ya era noche

cerrada. En los bosques, sus antepasados parecidos a musarañas habían surgido de sus madrigueras para cazar insectos. Había nubes de mariposas nocturnas rodeando el perímetro de luces. Pasó por entre las dos palmeras que indicaban el límite del claro. Pendiente abajo, un grupo de pinos oscurecía la huella donde habían pisado a Pike mientras examinaba el rhamphorhynchus. Habían plantado un cornejo para conmemorar el lugar.

Wilma era más pesada de lo que había esperado. La última vez sólo había pesado diez kilos. Cuando se movía dentro del contenedor, Owen tenía que esforzarse para mantener el equilibrio. Llegó hasta el edificio principal y se dirigió al estrado de tránsito. Allí le recibió un reducido grupo de despedida: los doctores Marks, Dunkenfield y Bracken. Owen dejó el contenedor en el suelo y se frotó el hombro. Los otros le ayudaron a cargar la maleta en el estrado. Marks le obsequió con un abrazo de oso.

—Hasta la vista, Owen —dijo—. Ha sido genial tenerte trabajando con nosotros. Dale recuerdos a tu padre.

—Recuérdale lo del nuevo cromatógrafo de genes —dijo el doctor Bracken.

—Y la ducha —dijo Dunkenfield. Los otros le miraron con el ceño fruncido—. Bien, alguien tiene que preocuparse del bien común —protestó Dunkenfield—. O el siguiente investigador que mande se encontrará con un montón de cadáveres.

—No te preocupe —dijo Owen—. No lo olvidaré. Quiero decir... quiero decirlo mucho que ha significado para mí trabajar con pensadores como vosotros, tan consagrados al conocimiento, y nada más. Ha sido la experiencia más positiva de mi vida. —Empezaba a cerrársele la garganta; agachó la cabeza y subió al estrado Gödel.

—¡El apatosaurio! —dijo Marks, mientras Bill le gritaba las mismas palabras en su mente. Lo que creó un desconcertante efecto estéreo.

Owen se volvió, abochornado. Agarró el contenedor. A través de los amortiguadores de sonido de la caja oyó el siseo de Wilma.

=Imbécil =dijo Bill.

—Lo lamento —le dijo Owen a Marks.

JOHN KESSEL

—Por favor, ten muchísimo cuidado —le dijo su colega—. Ésta es la cuarta vez que hemos intentado enviar un sauroide viable. Ya sabes lo que pasó las tres veces anteriores.

Owen meditó sobre los contratiempos en la estación de Stonehenge.

—Lo recuerdo.

Entró en el estrado del tiempo, se volvió infinitamente denso, salió del universo y regresó a través de un agujero de gusano al siguiente estrado, idéntico, situado treinta millones de años en el futuro. No era más que otro puesto de investigación, con el personal mínimo, y Owen ni siquiera se bajó del estrado antes de que lo enviaran otros veinte millones de años al futuro. No se detendría hasta llegar a un período histórico. Sufrió la desorientación mareante de las salidas y regresos repetidos. Cada salto hacia delante implicaba una traslación por distancias de años luz, y cuanto más largo era el salto, mayores eran las incertidumbres del momento y posición residuales. Por lo cual, se agitaba como un hombre en la cubierta de un bote sacudido por las olas.

Owen se concentró en los planes para su regreso. Primero, comprobaría que Wilma no hubiese sufrido ningún daño de importancia. Tendría que preparar muchos informes para la universidad. Pero finalmente tendría que prepararse para una visita a casa. Tendría que enfrentarse a su padre, que quería que Owen dejase a Wilma en su Instituto de Pensamiento Avanzado. Ya era bastante difícil que le tomasen en serio como científico sin, encima, asociarse con ese circo. Y su madre organizaría una serie de fiestas y visitas a parientes como ardid para presentarle a la deseable hija de alguien. Tras su aventura con Fiona, era algo que no le apetecía demasiado.

Los padres de Owen habían convertido a la familia al Nuevo Victorianismo cuando Owen tenía diez años, y a los trece le habían enviado a un internado en Denton, New Hampshire. La idea que había tenido su padre de iniciar a Owen en la sexualidad era por medio de realidad virtual interactiva erótica: obtienes educación sexual sin comprometer la salud o la reputación. En la escuela, Owen no tenía citas. Los otros pijos perseguían a las del pueblo con total dedicación. Owen desaprobaba el trato despreocupado que sus compañeros de clase dedicaban a

las chicas trabajadoras y al mismo tiempo les envidiaba su carencia de conciencia. No le avergonzaban sus deseos de dormir con chicas, las mentiras que contaban para lograrlo o el hecho de despreciar después a las chicas. Quizá, cuando, anegados de hormonas, le decían a una chica que la querían, realmente lo creyesen. Ciertamente a Owen le anegaban las mismas hormonas. Pero hacía poco para aliviarlo.

Su primera experiencia sexual había sido con una de esas chicas, Dahli Brown. Era novia del compañero de cuarto de Owen, Adam Coverdale, cuyo padre era el alcalde de Hartford. Adam nunca dejaba de contarle a Owen sus hazañas sexuales con Dahli, pero era enfermizamente atento, de forma completamente falsa, cuando se la encontraba en un partido de baloncesto o en una fiesta de virtualidad. Owen sentía pena por ella. Pero envidiaba a Adam.

Un sábado por la noche, Owen se encontraba delante del ayuntamiento cuando Adam frenó su Reagan y echó a Dahli a la acera. El maquillaje alrededor de sus ojos era un manchón de negro, pero actuaba como si no hubiese pasado nada. Owen pidió un taxi y la llevó a casa. De camino, ella detalló todos los fallos de carácter de Adam con impresionante precisión, y luego llegaron a su casa, agarró a Owen y lo sedujo. Al día siguiente, volvía a estar en brazos de Adam, y trataba a Owen como si no hubiese pasado nada.

Después de eso, a menudo pensaba en ella, con anhelo, pesar, furia y confusión. ¿Dahli se aprovechaba de Adam, o él se aprovechaba de ella? Owen no comprendía a las mujeres. Seguía sin comprenderlas.

Después del tercer salto en el tiempo, Wilma se lanzó a un gemido triste y continuo. Cuando llegaron al estrado de tránsito de la estación del Pleistoceno cercano, Owen se agachó y limpió la ventanita de la caja. Wilma intentaba mordisquear el acolchado.

—¿Pasa algo? —preguntó el hombre del panel de control.

=¿Qué va mal? =preguntó Bill.

—No se lo está tomando muy bien —subvocalizó Owen—. Creo que tiene hambre.

=Comió justo antes de partir.

—Está en la edad del crecimiento. —Owen se volvió hacia

JOHN KESSEL

el hombre tras los controles y dijo en voz alta—: Mire, sé que a partir de ahora se supone que debemos cambiar a saltos cortos. Pero ¿qué tal si me envía directamente a 2062 en un solo salto?

=No es una buena idea =dijo bill=. ¡Hombres desnudos adoran a las diosas malvadas que gritan! Deberíamos parar aquí por ahora.

—Cuesta mucho más realizar un salto grande —dijo el controlador—. Nos encontramos al borde de los períodos históricos. Hay estaciones cada mil años, luego cada cien. ¿Por qué malgastar la energía?

—Yo lo pagaré —dijo Owen.

El hombre del panel se encogió de hombros.

—Es su dinero.

Tocó los controles y desapareció. Owen, Wilma y el equipaje volvieron a tambalearse. El estómago de Owen se volvió del revés. Wilma golpeó el lateral de la caja. Después de alejarse cayendo, regresaron de golpe a la realidad con una aceleración súbita. Llegaron.

Excepto que algo iba mal. El estrado en el que se encontraban era más elaborado que los situados en las estaciones científicas. En la mampara tras el control decía «30 e. c.» en grandes números estilizados. Un auxiliar ayudaba a un par de turistas bien vestidos, un hombre de mediana edad y una joven.

Y en lugar de llegar más o menos estacionario, Owen llegó con impulso hacia delante, como si hubiese caído de pie desde un tren en marcha. Al llegar, cayó hacia delante, doblándose mientras intentaba poner en marcha unas piernas que se resistían. Bill se apoderó de su cuerpo, lanzándose a una caída controlada. El contenedor de Wilma se le escapó de entre las manos y se deslizó de lado sobre el suelo hacia la mujer, que ejecutó un perfecto retroceso para evitarlo. Owen ejecutó una diestra maniobra de meter la cabeza entre las piernas, agarrarse las rodillas y rodar, y acabó descansando sobre palmas y rodillas, las puntas de los dedos en el suelo, a unos centímetros del dobladillo del vestido amarillo de la mujer.

Uno de los auxiliares de tránsito corrió a ayudarle. Su compañero, situado tras el panel de control, frunció el ceño y atacó el teclado.

## EL AMOR EN TIEMPOS DE LOS DINOSAURIOS

—Algo va mal con el compensador de impulso —dijo.  
Bill le liberó.

=Creo que intenta matarnos.

—¡Me hiciste soltar el contenedor! —murmuró Owen—.

¡Wilma!

El contenedor se agitaba por los golpes del apatosaurio.

La joven puso derecha la caja.

—Me llamo Genevieve.

—Discúlpeme —dijo Owen. La mujer poseía unos asombrosos ojos violetas.

=¡No le digas lo del dinosaurio!

—Harás el favor de callarte —murmuró Owen—. No soy idiota.

Ella le agarró el brazo y le ayudó a ponerse en pie. Ya alterado, Owen quedó intoxicado por su perfume.

—No lo dudo —dijo la mujer—. Pero tenemos que dejar de vernos de esta forma.

Cuando Owen empezó a disculparse, ella le dio una palmada en el hombro, sonrió y se fue con el hombre. El auxiliar le preguntó a Owen si podía ayudarle con las maletas.

—No me paro aquí —dijo Owen.

—Me temo que no podemos permitirle seguir hasta que descubramos qué le pasa al estrado —dijo el auxiliar—. Evidentemente, la Corporación Saltimbanqui le pagará la habitación de hotel. Quizá le apetezca hacer una visita mientras espera. Mientras tanto, llevaremos su animal a nuestras instalaciones.

=Va armado. Eso que lleva en la cadera es un dispensador de carga mágnun.

—Como si es un plátano cargado —subvocalizó Owen—. No vuelvas a tomar el control.

=Su semiótica kinestésica indica que está en guardia. Yo me ocuparé de él.

—¡No! —dijo Owen.

—Le aseguro que disponemos de las mejores instalaciones —dijo el auxiliar—. Podemos ocuparnos de cualquier tipo de animal.

—No de este tipo —dijo Owen—. Es una especie única. Es...

=Una pitón...

—...un perro andaluz —dijo Owen. Tenía que imponerse o

JOHN KESSEL

Bill provocaría una escena—. Un Buñuel de ojos de navaja de afeitar, para ser exactos. Y si no nos van a enviar tiempo arriba, pues por cojones me van a dejar conservar mi valioso espécimen en mi habitación. —Sacó la cartera—. Con gusto pagaré cualquier gasto adicional necesario para tener una suite.

Cuando el auxiliar comprobó el efectivo electrónico ilimitado de Owen, se apagó de inmediato.

—Claro que sí, señor. ¡Matthias! Asegúrate de que el caballero, y su perro, reciban una habitación de inmediato.

De camino al ascensor, Owen se tranquilizó lo suficiente para agradecerle a Bill que le hubiese impedido sufrir daño.

=Créeme, jefe. A nadie le importa tanto tu cuerpo como a mí.